

Emaús, con solos tres mil hombres, que eran su cuerpo de valientes, y con los que se habia adelantado para sorprender al enemigo, mas este se hallaba ya preparado, y en orden de batalla; era el ejército de los gentiles fuerte en gran manera y tenia defendidas sus alas por los coraceros y la caballería, todos hombres agueridos.

Entonces Judas se detuvo, esperó que se le reuniese el resto de su ejército, y á pesar de la confianza que tenia en sus valientes, en una ocasion en que era tan enorme la desigualdad de las fuerzas, creyó que debia animar su mismo valor y les dijo: No temais esa multitud, ni os ponga en cuidado su encuentro. Acordaos cómo fueron salvados nuestros padres en el mar Rojo, cuando Faraon iba en su alcance con un poderoso ejército. Clamemos al cielo y el Señor se apiadará de nosotros, se acordará del testamento de nuestros padres, y Él destruirá hoy este ejército delante de nosotros. Cuanto mas numerosos y mas fuertes aparezcan ellos, y menos nosotros, conocerán mejor todas las gentes, que hay quien redima y salve á Israel. Dicho esto avanzó con su ejército contra el enemigo, y este salió de su campo para dar la batalla, Judas mandó tocar las trompetas á los sacerdotes y trabó la pelea. No pudieron los enemigos sostenerse contra el impetu de Judas y sus tropas, y luego fueron deshechos. Huyeron por los campos; pero cuantos eran alcanzados, perecian á filo de espada, y murieron hasta tres mil hombres. Los vencedores los persiguieron hasta Geceron y términos de los Idumeos, hasta Azoto y Jamnia y términos de los Filisteos.

Judas se volvió con su ejército al campo de batalla, y al entrar en él, dijo á su tropa: No os ocupeis de recoger los despojos de nuestros enemigos, porque aun tenemos que pelear. Gorjias y su ejército estan en el monte cerca de nosotros, y vendrán á combatirnos; continuad peleando con valor. Derrotémoslos, y despues tomaréis sin cuidado los despojos. Aun estaba hablando Judas,

cuando se presentó la descubierta de Gorjias sobre el monte. Dió esta cuenta al general de lo que veía, y Gorjias vino con su ejército, y vió que los suyos habian huido; que el campo estaba cubierto de cadáveres y despojos; que ardian las tiendas, y que Judas y su ejército estaban en la llanura formados en batalla; y cuando Gorjias y su ejército vieron todo esto, temieron en gran manera y huyeron á la tierra de los extranjeros. Judas los corrió hasta salir de los términos de la Judea; pero no llegó á alcanzarlos: tanta fué la lijereza que comunicaba el miedo á sus piés. Entonces el general se volvió al campo de batalla con sus tropas, y tomaron mucho oro, plata, telas de color de jacinto y púrpura marina, y grandes riquezas.

Tambien esta vez cayeron en sus manos los tesoros que habian traído al campo enemigo los mercaderes de las regiones circunvecinas para comprar por esclavos á todos los Judíos, y era la segunda vez que en menos de un año libraba Judas con la proteccion de Dios á todos los hombres, mujeres y niños judíos de las cadenas con que habian de ser aherrojados por este dinero. Una victoria que valia la vida y la libertad de Israel destinado por los enemigos á la esclavitud y la muerte, conseguida por una proteccion tan visible del Señor, llenó al ejército, y sobre todo á su general, de una alegría inexplicable, y de un agradecimiento que no acertaba á expresar. Vueltos del campo de batalla á su campamento, todos cantaban himnos al Señor, y levantando sus voces hasta el cielo, repetian aquel hermoso salmo de David que principia: *Alabad al Señor porque es bueno, y tiene por estribillo: porque es eterna su misericordia.*

Sexta batalla contra Lisias, regente del reino de Antioco,
y sexta victoria de Judas.

Los enemigos que pudieron librarse de la espada de

los Judíos fueron á llevar á Lisias, regente del reino de Antíoco en su ausencia, la noticia de todo lo que habia sucedido. Lisias se estremeció al escucharlo y le faltó poco para morir de rabia y de desesperacion, porque no habia sucedido en la Judea como él habia pensado y mandado el rey. Sin perder ni un momento se ocupó en reunir un ejército el mas numeroso y poderoso que le fuera posible, y juntó sesenta mil hombres escogidos y cinco mil caballos para acabar con los Judíos. Lisias era un general ejercitado en la guerra desde sus primeros años. Nicanor, cuando volvió á Antioquia despues de su derrota, habia asegurado que los Judíos eran invulnerables porque los protegía su Dios. Lisias miró entonces con desprecio este aviso y envió á Tolomeo y por compañeros á Nicanor y Gorjias, y contaba segura la victoria; mas al ver ahora la derrota de tres generales reunidos, atribuyó esta desgracia, no al socorro del Dios de los Judíos, como debia, sino á la impericia y cobardía de los generales, y determinó comandar este grande ejército por sí mismo. Partió de Antioquia á principios del año siguiente, que era el ciento cuarenta y ocho del imperio de los Griegos en Asia; vino á acampar en el valle de la célebre subida de Betoron, donde fueron deshechos cinco reyes por Josué, y recientemente el ejército de Seron por el mismo Judas, á quien venian á acometer. Desde luego el terreno que habian escogido para el combate era de antecedentes funestos; mas Lisias no contó sino con su habilidad y un ejército veterano, seis veces mayor que aquel que venia á destruir y borrar los Judíos de sobre la tierra. Judas habia aumentado el suyo hasta diez mil hombres, pero esto á los ojos humanos era nada para pelear con sesenta mil hombres y cinco mil caballos.

Judas no confiaba en el número, sino en el socorro del Cielo. Salió al encuentro de los Sirios, y al ver desde la bajada de Betoron cubiertas las llanuras de un ejército tan fuerte y numeroso y defendidas sus alas por

cinco mil caballos, levantó sus ojos al cielo, y dijo: Bendito sois, Salvador de Israel, que quebrantásteis el impetu del poderoso (Goliat) por mano de vuestro siervo David, y entregásteis la fortaleza de los alienigenas en manos de Jonatás, hijo de Saul y de su escudero; encerrad este ejército en manos de vuestro pueblo de Israel. Entre la confusión en sus batallones y escuadrones. Enviad sobre ellos espanto. Haced que se convierta en pavor su osadía. Sean trastornados en su mismo quebranto. Derribadlos, Señor, con la espada de los que os aman; y todos los dias os alaben con himnos todos los que conocen vuestro Nombre.

Eran ya en el Macabeo acciones continuadas y unidas, orar, acometer y vencer. Judas, acabada su súplica, se arroja sobre sus enemigos, los vence y caen muertos en aquellas llanuras hasta cinco mil hombres. Se desordena todo aquel grande ejército, y cada soldado procura conservar la vida con la huida. Lisias viendo la mortandad de los suyos y el arrojamiento de los Judíos, de estos hombres resueltos á vivir y morir con valor, huyó como todos y no paró hasta Antioquia, de donde habia salido. Allí reunió lo mejor que pudo su fugitivo ejército, y trató de aumentarle con nuevas tropas, amenazando volver cuanto antes sobre los Judíos; pero estas amenazas eran desahogos de un general irritado, pues no volvió á la Judea hasta haber pasado mas de un año y haber muerto Antíoco.

Judas y su ejército, despues de haber derrotado y arrojado de la Judea á sus enemigos, suben á Jerusalem á purificar la ciudad santa y el templo del Señor.

Judas despreció estas amenazas, y en vez de prepararse para derrotarle de nuevo, no trató sino de lo que era el objeto de sus peleas y victorias. Heredero del valor y la piedad de su padre Matatías, no anhelaba sino por

el restablecimiento del culto del Señor y la conservación de una nación destinada á rendírsele públicamente en medio de un mundo idólatra. Su primer cuidado, después de derrotar en seis batallas, seguidas de seis victorias, á sus enemigos y arrojarlos de los términos de Israel, fué reunir sus victoriosas tropas y proponerlas sus deseos. Ya veis, las dijo, que han sido derrotados nuestros enemigos. Al Señor es á quien debemos todos nuestros triunfos. Ya es tiempo de que subamos á Jerusalem á renovar las cosas santas y purificarlas. Todo el ejército recibió con el mayor regocijo la propuesta del general, y sin volver al campamento ordinario, se dirigió á Jerusalem.

Lastimoso estado en que hallan la ciudad y el templo.

Entraron en la ciudad santa... pero ¡cuál fué su dolor al ver el lastimoso estado en que se hallaba! La vieron desierta y solo hollada por algunos incircuncisos. Vieron profanado el altar de los holocaustos con un ídolo abominable, y manchado con la sangre de víctimas profanas, arrancadas y quemadas las puertas del santuario, derribadas las habitaciones sacerdotales, y convertidos los atrios en matorrales, donde habían crecido los arbustos y malezas como en los montes y bosques. Este vasto edificio no era ya aquel augusto lugar que sobrecojía de un temor santo á los que entraban por sus puertas. Era una mole informe, obra de las impiedades de Antioco y sus satélites, y que no causaba á cuantos le veían otra impresión que la de un profundo sentimiento de lástima y de tristeza. Los piadosos Israelitas, de quienes era á este tiempo el objeto de su cariño y su pingüe herencia, rasgaron sus vestiduras al verle, pusieron ceniza sobre sus cabezas, pegaron su rostro con la tierra, y lloraron con grande llanto. Los sacerdotes hicieron resonar por todo el ejército el sonido lúgubre

de las trompetas, y todos á una clamaban hasta el cielo (por el remedio de tantas desdichas). Después de manifestar todas las tropas su profundo sentimiento en sus vestidos, su postura, sus lágrimas y sus clamores, ya no se pensó sino en remediarlos. Á fin de obrar con seguridad y quietud, envió Judas una parte de su gente al monte Sion para que contuviesen á los alienígenas y apóstatas en la ciudadela, si tratasen de interrumpirlos.

Purificación del templo, destruccion del altar contaminado, y dedicacion del nuevo.

Tomada esta precaucion, eligió de los sacerdotes aquellos que eran mas celosos de la observancia de la ley y que no se hallaban manchados con impureza legal, los cuales sacaron del templo las piedras de la contaminacion que formaban el altar del ídolo y las arrojaron al lugar inmundo, que era el valle de Tofet, donde los santos reyes Ezequías y Josías habían mandado arrojar en otros tiempos las cosas inmundas que tambien se sacaron del templo; pero al tratar de destruir el altar de los holocaustos, se hallaron en gran embarazo, porque este altar, edificado por Zorobabel á la vuelta de la cautividad de Babilonia, había sido bendecido por el gran sacerdote Josué y santificado con la oblacion de todos los sacrificios que había ofrecido Israel al Señor en mas de cuatro siglos. Mas tambien había sido profanado, colocando en él por orden de Antioco la estatua de Júpiter Olímpico y ofreciendo sobre él sacrificios inmundos. Se trató, pues, este delicado negocio entre los hijos de Israel y les ocurrió un buen consejo, dice el texto sagrado, que fué destruirle (para que no fuese en oprobio á Israel ofrecer sacrificios sobre un altar profanado) y llevar las piedras, no al valle inmundo de Tofet, como las de los altares de los idólatras, sino al monte de Sion, para conservarlas allí hasta que viniese algun profeta

que declarase lo que debía hacerse de ellas. Todo se ejecutó según la buena resolución que se había tomado; pero era indispensable en el templo del Señor un altar para ofrecer sobre él los sacrificios, y luego hicieron otro nuevo (á la medida del que habían deshecho) de piedras enteras y en tosco, según ordenaba la ley. Repararon todas las ruinas interiores del templo, reedificaron las casas sacerdotales contiguas á él, y los quebrantos que habían sufrido los atrios. Repararon también la fachada del templo, la adornaron con coronas y escudos de oro, y pusieron en todas partes, principalmente en el templo, magníficas puertas. Antíoco había robado cuantas piezas de oro y plata había en él, y cuanto dinero se halló en su tesoro; pero el Señor en las continuas victorias y despojos que había concedido á su pueblo, le hizo dueño de grandes riquezas y estas se emplearon con mucho contento en los reparos y adornos del templo, supliendo con ellas la falta que había de todo. Se hizo el candelero de oro, el altar de oro, la mesa de oro y la multitud de vasos de oro y plata que servían en el templo. Todo se bendijo y fué colocado en sus propios lugares. Se colgaron los velos, se pusieron los panes de la proposición sobre la mesa, el incienso sobre el altar y las candilejas de oro en los remates de los siete brazos del candelero. Se encendieron, y después de tres años, se vió iluminado otra vez el templo del Señor y ocupado de su antigua gloria. En una palabra, todo quedó magníficamente dispuesto para celebrar desde la mañana siguiente la gran solemnidad de la purificación del templo y dedicación del altar.

El año de tres mil ochocientos cuarenta y tres del mundo, y ciento cincuenta y siete antes de Jesucristo, el ciento cuarenta y ocho del imperio de los Griegos en Asia, el once de Antíoco y segundo de las peleas de Judas Macabeo, el día veinte y cinco del mes Casleu, que era el nono del año lunar y correspondía á nuestro noviembre, tres años justos sin diferencia de días, desde

que había sido profanado el templo, colocando en él por orden de Antíoco á Júpiter Olímpico y dedicándosele á este ídolo infame; por una providencia singular y adorable, volvió á ser dedicado al Dios de la gloria para cuya majestad se había edificado.

Celebración de esta fiesta por ocho días.

Para conocer el regocijo con que los Israelitas celebraron esta fiesta, sería necesario tener aquella singular veneración, de que ellos estaban poseídos acerca del templo de Jerusalem y de la honra con que el Criador del universo había privilegiado á Jerusalem entre todas las ciudades del mundo. Se levantaron antes del día y todos acudieron al templo á ofrecer un sacrificio al Señor, según todas las ordenanzas de la ley, sobre el nuevo altar de los holocaustos que habían erigido. Preparada la leña y la víctima, creen unos (porque todo cabe en la inteligencia del texto sagrado) que los sacerdotes encendieron con pedernales nuevo fuego y le aplicaron á la leña; y otros que salió este fuego de las piedras del altar repentina y milagrosamente y consumió la leña y la víctima, como en tiempo de Nehemías. Pero de cualquier modo que esto sucediese, luego que principió á arder la leña y á quemarse la víctima, resonaron á una por todas partes los cánticos de alabanza al Señor, al son de las arpas, las liras y demás instrumentos de música. Entonces todo el pueblo se postró sobre sus rostros, y todos adoraron y bendijeron hasta el cielo á aquel que les había concedido esta dicha.

Ocho días enteros duró la expiación del templo y del altar y la dedicación de este, y en ellos se ofrecieron con grande alegría multitud de holocaustos y de sacrificios de salud y alabanza, y fué borrado del templo del Señor, dice el sagrado texto, el oprobio de las gentes. En estos ocho días cantaban alabanzas al Señor, llevando en sus

manos palmas y ramos verdes al modo que lo hacian en la fiesta de los tabernáculos, y no cesaban de bendecirle porque les habia concedido purificar el lugar santo y ofrecer en él sus sacrificios; y tanto mayor era su reconocimiento, cuanto esta tierna ceremonia de las palmas y los ramos les recordaba, que aun no habia dos años tenían que celebrar sus fiestas en los montes y cavernas rodeados de las fieras. Y así era que cuando en medio de su alegría les asaltaba esta triste memoria, se postraban en tierra y rogaban al Señor: que no volviera á permitir que viniesen sobre ellos males semejantes, y que, si en algun tiempo se olvidasen de sus leyes santisimas, les castigase con menos rigor, privándoles de bienes, de la salud y hasta de la vida; pero que no les privase de celebrar sus festividades en Jerusalem, ni de ofrecer sus sacrificios en su santo templo, y sobre todo, que jamás permitiese que su santa casa fuese hollada por hombres profanos y blasfemos.

De este modo celebraron los hijos de Israel por ocho dias la purificacion del templo y dedicacion del altar; pero no quedó satisfecha con esto su piedad. Establecieron que se celebrase esta fiesta de año en año por los mismos ocho dias, principiando el veinte y cinco del mes Casleu con gozo y alegría. Esta fiesta se llamó *Encenia*, que quiere decir *renovacion*, y aun se celebraba en tiempo de nuestro Señor Jesucristo.

Fortifican el monte de Sion y Betsura.

Concluida la octava de esta gloriosa fiesta, trataron de fortificar el monte de Sion á fin de impedir que los gentiles volviesen á profanar la ciudad y el templo santo. Para esto rodearon todo el monte de altas y gruesas murallas, y levantaron fuertes torres de trecho en trecho para que se defendiesen unas á otras. Cuando estuvieron concluidas estas obras, eligió Judas de entre

sus tropas lo que habia de mas valiente en su ejército y formó una guarnicion escogida, que colocó en las torres. Estas tropas estaban prontas siempre á hacer frente y rechazar á los paganos y apóstatas que ocupaban la ciudadela, situada en la cima del monte; y encargadas además de mantener libres y seguros los caminos por donde venian los Israelitas á adorar al Señor en su santa casa. Con el mismo objeto fortificaron tambien la ciudad de Betsura. Era esta una plaza muy cercana á Jerusalem. Estaba situada á la parte del mediodía, mirando á la Idumea; y su situacion era muy ventajosa y de muy difícil acceso, porque estaba edificada entre grandes montañas y no se podia ir á ella sino por caminos muy estrechos. Esta fortaleza ponía al pueblo de Jerusalem á cubierto de las correrías de los Idumeos, siempre dispuestos á inquietar á los Israelitas y hacerles la guerra.

Persecucion general de las naciones vecinas.

Parecia que despues de haber ahuyentado Judas á los Sirios, derrotándolos en seis batallas seguidas, y de haber asegurado la defensa de Jerusalem, cercando de muros y torres el monte de Sion y aumentando las defensas de la plaza fuerte de Betsura, debian los gentiles, que en parte poseian y en parte rodeaban las tierras de Judá, renunciar á todo género de guerras contra los Judios; pero no sucedió así. Bien que concibiesen envidia del engrandecimiento de los hijos de Israel; bien que temiesen que este engrandecimiento viniese á causar su ruina, particularmente no teniendo por entonces esta nacion valerosa guerras con los Sirios, lo cierto es, que ellos se conjuraron por todas partes para exterminar al pueblo de Israel, si les fuera posible.

Casi toda la tierra de Judá habia quedado desierta, cuando Nabucodonosor llevó cautivo este reino á Babilonia, mucho mas cuando Joanan y sus compañeros ar-

rastraron á Egipto una pequeña parte que habia quedado en Judea, y sobre todo cuando Nabuzardan recogió por orden de Nabuco las reliquias que se habian reunido en las cercanías de Jerusalem. Entonces todos los moradores de la Judea quedaron reducidos á unos cuantos miserables, y algunos habitantes del campo; porque Nabucodonosor no envió colonias de alienigenas á poblar la Judea, como Salmanasar la Samaria. En el tiempo de la cautividad, las naciones que confinaban con la tierra de Judá se habian entrado en sus términos, principalmente los Idumeos en la parte meridional, que formaba una de las mas bellas provincias del reino, en cuya usurpacion se habian mantenido despues de haber vuelto los Judíos de su cautiverio. Las otras naciones, á saber: los Amonitas, Moabitas, Samaritanos, Fenicios y Filisteos, enemigos irreconciliables de los Judíos, habian hecho casi lo mismo, de modo que los Judíos se hallaban muy estrechados y al presente invadidos por estos envidiosos é inquietos enemigos, que se habian conjurado para exterminarlos, ó lanzarlos de la tierra prometida por Dios á sus padres.

Sale Judas á campaña contra ellas.

Judas, que por todas partes recibia avisos de esta persecucion general, conoció que aun no habia hecho bastante para la seguridad de su pueblo con arrojar de su patria á los Sirios, y encerrar en la ciudadela á los paganos y apóstatas, si no domaba á estos peligrosos vecinos. Á la sazón se habian aumentado considerablemente las tropas de Judas, y se hallaba en estado de hacerles la guerra sin necesidad de la numerosa y fuerte guarnicion que debia quedar en Jerusalem. Púsose en campaña, bajo la proteccion del Señor como siempre, y con la intrepidez que le era propia, y los sucesos felices se siguieron con la rapidez acostumbrada.

Vence á los Idumeos, les castiga ejemplarmente y extermina á los Beanitas.

Desde luego se dirigió á la Idumea, cuyos habitantes, descendiendo de Esaú, hermano de Jacob, debieran menos que nadie declararse perseguidores de sus hermanos los Israelitas. Batió á esta gente feroz y la obligó á encerrarse en Acrabatane, ciudad fuerte y situada entre montañas. Allí los atacó, y despues de tomarla, hizo en ellos un castigo ejemplar. Concluida esta expedicion, que le costó pocos dias, emprendió otra de efectos mas terribles. Los descendientes de Bean (que se cree fué un poderoso Amorreo) vivian entre la Judea y la Idumea al oriente, y habia tiempo que estaban declarados los mas crueles enemigos de los Judíos, y los mas empeñados en exterminarlos. Les armaban lazos y ponian asechanzas por todas partes, y mataban á cuantos caian en sus manos. Informado é indignado Judas contra estos asesinos, marchó contra ellos. Los persiguió por todas partes y les precisó á encerrarse en sus torres. Les cercó, les puso fuego, y fueron quemados cuantos se habian encerrado en ellas, exterminando así á los que se ocupaban en exterminar á su pueblo.

Da muchas batallas á los Amonitas y al fin los vence y consigue la victoria.

Estos primeros golpes de Judas habian puesto sobre las armas á los Amonitas, que eran los mas inmediatos á los Beanitas que acababa de castigar, aunque mediaba el Jordán. Los Amonitas habian dado bastante que hacer al pueblo de Dios en el tiempo de los Jueces y los Reyes, y nunca renunciaron á sus malas intenciones. Ahora que se les habia presentado la ocasion, perseguian á los Judíos, como los demás vecinos. Judas pasó el Jordán con sus

tropas sin detenerse; pero halló muy prevenidos á los Amonitas. Tenian un fuerte y numeroso ejército mandado por un buen general, llamado Timoteo, ya no fué cosa de algunos dias el vencerlos. Les dió muchas batallas en las que siempre llevaron la peor parte, y al fin Timoteo se vió precisado á abandonar el campo y ceder la victoria al Macabeo. Este se aprovechó de su triunfo, tomó la gran ciudad de Gazer y todas las que pendian de ella, y lleno de gloria, volvió á entrar en la Judea para dar descanso á sus tropas.

Persecucion de los Galaaditas y carta de los Judíos á Judas pidiendo socorro.

No fué este muy largo, porque las naciones que habian ocupado á Galaad, provincia considerable al otro lado del Jordán, que perteneció á los Amorreos, y se concedió á la tribu de Gad en la distribucion de la tierra prometida, se reunieron para exterminar á cuantos Israelitas vivian entre ellos. Estos Israelitas eran parte de aquellos que habian sido llevados al cautiverio, y que se habian restablecido en su antigua morada y repoblado en parte la heredad de sus padres. No hallaron estos infelices, perseguidos de muerte, otro partido que tomar, sino el de huir los mas que pudieron y encerrarse en la fortaleza de Dateman para esperar socorro; en ella se fortificaron lo mejor posible, y desde ella escribieron con toda urgencia á Judas y á sus hermanos, dándoles cuenta del apuro en que se hallaban, en los términos siguientes:

Se han congregado contra nosotros las gentes del contorno para exterminarnos, y se preparan para venir y ocupar la fortaleza en que nos hemos refugiado, y Timoteo es el caudillo de su ejército. Venid, pues, (cuanto antes) á librarnos de sus manos, porque ya muchos de los nuestros han perecido; y todos nuestros hermanos que estaban en las tierras de Tubin han sido pasados á

cuchillo, llevándose cautivas sus mujeres é hijos, tomando sus despojos y matando cerca de mil hombres.

Mensajeros de los Judíos de la Galilea, pidiendo tambien socorro.

Aun estaban leyendo esta carta, y hé aquí que llegaron otros mensajeros de la Galilea, rasgados sus vestidos, y trayendo noticias semejantes á las anteriores. Se han coligado, dijeron, contra nosotros los de Tolemaida, Tiro y Sidon, y está llena toda la Galilea para acabarnos.

Cuando Judas y el pueblo oyeron todas estas noticias, se tuvo un gran consejo para pensar que habian de hacer por sus hermanos que se hallaban en gran tribulacion estrechados por aquellas gentes; y despues de haber considerado muy detenidamente la gravedad de la situacion en que se hallaban estas dos porciones de los hijos de Israel, dijo Judas á su hermano Simon: Escoge las tropas que quieras, y vé á librar á nuestros hermanos los de Galilea. Nuestro hermano Jonatás y yo irémos contra los Galaaditas; y tomó Simon tres mil hombres escogidos para ir contra la Galilea, y Judas ocho mil para ir contra los de Galaad. El resto de las tropas quedó á las órdenes de José y de Azarías, capitanes del ejército, encargados de gobernar el pueblo y guardar la Judea. Estáos aquí, les dijo Judas al despedirse, y no salgais á pelear con los gentiles hasta que nosotros volvamos.

Salen á socorrerlos; Simon, á la Galilea con tres mil hombres, y Judas y Jonatás, al pais de Galaad con ocho mil.

Despues de esta importante advertencia, salieron, Simon para la Galilea, y Judas acompañado de su hermano Jonatás para el pais de Galaad. Simon, luego que

llegó á la Galilea, fué á buscar los enemigos, y no se acordó al ver su excesivo número, porque á imitación de su hermano, á cuyo lado había peleado hasta entonces, puso su confianza en la protección del Señor. Les acometió sin detenerse, les derrotó, les persiguió y les cargó con igual feliz suceso cuantas veces pudo alcanzarlos. Les fué persiguiendo hasta las puertas de Tolemaida, ciudad fuertísima de la Fenicia, les mató cerca de tres mil hombres y les tomó un rico botín.

Recoge Simon los Judíos que habia en la Galilea y se vuelve á Jerusalem.

No encontrando ya enemigos en campo raso, y no hallándose en estado de mantener en sujecion y respeto por largo tiempo con su pequeña tropa un terreno tan dilatado como era la Galilea, tanto menos cuanto todas las fortalezas estaban en poder de sus enemigos; se resolvió á juntar cuantos Israelitas habia en el pais y llevarlos á la Judea. Aquí se vió aquella prudencia que el anciano Matatías habia atribuido á su hijo Simon. Estos Israelitas en pequeño número no podian dejar de padecer mucho, y acaso perecer todos, en medio de una multitud de Galileos y Filisteos igualmente empeñados en perderlos. Por otra parte era grande la necesidad de repoblar la Judea casi desierta por las guerras y la huida de una gran parte de sus habitantes. Además con estas reliquias dispersas en la Galilea se fortificaba el centro de la patria, y se ponía en estado de reconquistar mas adelante las provincias usurpadas por los extranjeros. Por estos motivos llamó Simon cerca de su persona á todos los hijos de Jacob que estaban en la Galilea, principalmente en la ciudad de Arbates, donde se habrian reunido en mayor número para su defensa, como los de Galaad en Dateman para la suya, y tuvo el consuelo de hallarles prontos y dispuestos á seguirle. Luego vinieron con sus mujeres

é hijos, sus ganados y cuanto podian traer, y se incorporaron con el victorioso ejército de Simon, que les sirvió de escolta hasta ponerlos en las tierras mas cercanas á Jerusalem. Allí fueron recibidos como desterrados y hermanos que volvian á su patria y al seno de sus familias, y nada se omitió para que gozasen del reposo en que se les habia establecido.

Judas y Jonatás cargan á los enemigos que cercaban á Dateman y les matan en la huida cerca de ocho mil hombres.

En este tiempo Judas, acompañado de su hermano Jonatás y puesto al frente de sus ocho mil hombres, hacia la guerra en Galaad y conseguia victorias en mayor número y mas ruidosas. Habia hecho pasar el Jordán á su ejército, y para ocultar su marcha á sus enemigos, tomó la vuelta por los desiertos de Arabia. Se adelantó mucho en tres dias sin ser descubierto, y entró en el pais de los Nabuteos, descendientes de Ismael. Estos le recibieron pacíficamente y le dieron noticia de cuanto habia pasado con sus hermanos en Galaad, y añadieron: que muchos de ellos se hallaban encerrados y presos en las grandes y fuertes ciudades de Barasa, Bosor, Alimas, Castor, Maget, Carnain y otras de Galaad, y que tenian determinado acercar el dia siguiente sus tropas á todas estas ciudades para matarlos á todos en un solo dia. Por estas funestas noticias varió Judas de repente su marcha y se dirigió por el camino del desierto á Bosra, ciudad moabita, y una de las enemigas; se apoderó de ella, pasó á filo de espada á todos los hombres, tomó todos sus despojos y por último entregó la ciudad á las llamas. Salió de allí sin detenerse, porque urgia en gran manera socorrer á los que se defendian en la fortaleza de Dateman y estaban ya para ser asaltados. Marchó toda la noche y llegó con sus tropas á las cercanías de la plaza al apuntar el

dia. Luego alcanzó á ver una multitud de pueblo que llevaban escalas y máquinas para tomar la fortaleza y acabar con los que estaban en ella. Vió al mismo tiempo que principiaba el ataque, y oyó la vocería de los que acometían y el clamor de los acometidos. Vamos, soldados valientes, dijo entonces á sus tropas, corramos á librar á nuestros hermanos. Dividió su ejército en tres cuerpos y todos corrieron á cargar á los enemigos, tocando sus trompetas y alzando el grito y orando, dice el texto sagrado. Conocieron las tropas de Timoteo que era el Macabeo quien venia á caer sobre ellas, y abandonaron el sitio, huyendo por donde pudieron. Judas las persiguió, las cargó, é hizo en ellas un terrible destrozo, dejando tendidos en el campo cerca de ocho mil soldados en aquel dia.

Toman las demás ciudades en que habia Judíos encerrados por los enemigos para exterminarlos.

Libres tan inesperada y dichosamente los Israelitas de Dateman del extremo á que se hallaban reducidos pocos momentos antes, apenas tuvieron tiempo para dar gracias á su libertador y valeroso ejército. Ni aun sabemos si entró en la ciudad, pues le vemos inmediatamente sobre Masfa, donde tambien se hallaba encerrado y prisionero un gran número de Israelitas esperando la muerte. Judas la acometió, la tomó, libró los prisioneros, pasó á filo de espada los demás hombres que halló en ella, recogió sus despojos y la entregó á las llamas. De allí se dirigió en seguida á atacar á Cashon, Maget, Bosor y demás ciudades de Galaad, donde sus hermanos estaban para ser exterminados. Todas las tomó é hizo en ellas lo mismo que habia hecho en Masfa.

Nuevo y numeroso ejército de enemigos; Judas le derrota y disipa.

Era necesaria una actividad como la de Judas para salir con felicidad de tantas empresas sin exponer á sus hermanos, cuando los procuraba salvar; pero en todas partes se halló tan á tiempo, que sorprendió siempre á sus enemigos y les deshizo al primer ataque. Ya creía Judas haber concluido felizmente cuanto le habia llevado á Galaad, y pensaba en volverse, cuando supo que Timoteo, que solo habia perdido ocho mil hombres escasos en la huida de Dateman, habia juntado nuevas tropas para hacerle frente, y que estaba acampado al otro lado del torrente, ó rio que corre al frente de la ciudad de Rafon ó Safon. Envió Judas á reconocer el ejército de Timoteo, y volvieron diciendo: Es un ejército numeroso en gran manera. Con él se han juntado todas las gentes que hay en rededor de nosotros, y tambien han venido tropas auxiliares de la Arabia. Sus reales estan á la otra parte del torrente, y tienen todo su ejército en orden de batalla para venir contra nosotros. La contestacion de Judas al temor que manifestaban sus enviados, fué avanzar con sus tropas al encuentro de los enemigos. Timoteo para animar á sus gentes habia hecho de profeta, y en tono de inspirado habia dicho á los capitanes: Cuando se acercare Judas con sus tropas al torrente, si pasare á nosotros primero, no le podremos resistir; pero si él temiere pasar, y sentare sus tiendas mas allá del rio, pasemos á ellos y podremos contra él. Quería, al parecer, Timoteo con este pronóstico animar á sus tropas á que pasasen el rio, si Judas esperaba al otro lado, y ponerlas en el caso de pelear á la desesperada, teniendo el rio á las espaldas; ó á que disputasen el paso con valor para que Judas no pasase. Al llegar Judas á la márgen del rio, dió orden á los oficiales que no dejasen ni un solo soldado sin pasar y